

puede hablar, que tiene voluntad y no puede ejercitarla:

—Te quiero, me gustas, me convienes. ¡Decídetes!

Con mayor elocuencia aún en esta ocasión en que Flora ni le quería, ni gustaba de *él* ni en pintura. Precisamente por esto, los recursos del engaño debían ser más sabios y escogidos. Decidir una voluntad ajena por la persuasión ocular, diremos, parecía empresa sólo reservada á cualquiera de las Asnabales, por ejemplo, que prendían los ojos y los deseos antes que la Santa Bárbara sentimental; pero con armas que han de ir á buscarse en el arsenal del laboratorio, y el pudor mujeril de impedimenta, ¿qué victoria esperar ni qué término favorable de aquella campaña insensata?

El desaliento quitó á Flora el cepillo de las manos. La luz artificial, más adulatora, sin embargo, y amable que la del día, decíala que estaba feísima así embadurnada; el olor repulsivo del menjurje tintóreo la levantaba el estómago; el tormento próxi-

mo de la mascarilla la espantaba como si, noche á noche, no lo sufriera... Todo por *él*, por el jugador, el perdido, el borracho que, pasillo por medio, dormía en aquel momento entre los vapores del alcohol; por el imbécil, tan ignorante como un salvaje; por el hombre, en fin, *el hombre*, el redentor que del purgatorio de la calle de Río Bamba podía sacar á su familia y darla á ella el pedestal que, al decir de los papás, necesitaba...

¡Sus papás! Flora echó una triste mirada del lado de la habitación contigua y manejó con ardor el cepillo. No, no por *él*... por ellos, sólo por ellos. Y pensar, ¡ay Dios!, que en otro tiempo, bien cercano por cierto, no necesitaba de este duro batallar con los años, porque era hermosa de verdad; á su legítima frescura bastábale, como á las flores el rocío, la sencilla ablución de agua clara; luego la borla de polvos, el peinado natural, una cinta, una nada... y ¡echen ustedes pretendientes! Flora les veía pasar en galante cortejo é interminable, sin conmo-

verse, con más curiosidad que interés, á veces indiferente, aburrida, imagen ante la cual se postran los devotos y cuyos ojos de vidrio miran atónitos, á veces también burloña: hallaba á unos muy viejos, á otros demasiado jóvenes, otros bastante feos, aquél de sobra guapo, no tan rico alguno, pobres á muchos, con la nariz ó la boca ó la barba desagradable; el orgullo la decía al oído:—Tú vales más...; la vanidad:—Mereces más...; el interés:—Busca mejor... —Y pasaban los pretendientes y pasaban los años. Nunca imaginó que aquel bípedo despreciado fuera elemento indispensable de vida, tan absolutamente indispensable para la mujer como el vestido que se lleva; sus ideas independientes, su despego de la masculina compañía, la alejaban del matrimonio más que su indecisa voluntad, y se decía:

—Esperaré, no hay prisa, tengo tiempo, mucho tiempo.

Pensaba también que no era menester someterse á la esclavitud conyugal si no es á

gusto, y que podía, soltera, rica y libre, ya que en la simbólica costumbre griega no encontró la realidad buscada, recorrer el mundo, viajar, pues se moría por los viajes, ver tierras, estudiar, aprender... Y en esto, como en todo, se sintió ligada de pies y manos, lazos paternos, lazos sociales, apretadísimos. ¡El matrimonio! ¡ni más norte, ni más fin, ni otra salida que el matrimonio! Bueno, pues á casarse... Pasaban los pretendientes y pasaban los años, y Flora no se decidía; se le hacía muy cuesta arriba decidirse.

De ellos hubo uno, ése sí, que llegó casi á interesarla: Manolo Guerra, todo un buen mozo, rico, de gran familia; por más que le buscaba defectos, no se los encontraba, al menos no los tenía á la vista, que otro de los peligros del género es el que lleva consigo la adquisición de fardos cerrados: no se sabe lo que hay dentro sino después de haberlos pagado y abierto. Lo que había dentro del alma de Manolo Guerra lo vió á tiempo Flora, por fortuna; pero este descu-

brimiento la costó el sacrificio de sus últimas ilusiones, exacerbando su antipatía ingénita contra el tirano, que á sí mismo se llama rey, y como absoluto procede, legisla, hace y deshace á capricho: poco á poco iba aficionándose á su joven galanteador, admiraba sus gracias varoniles; su ilustración, que no era mucha, la consideraba digna de codearse con la suya, y el que su buen criterio padeciera en esto el influjo masculino revela que, á poco más, el tirano se apodera de ella y la vence, según costumbre y ley fatales; y poco á poco también, las suspicacias de siempre se adormecieron, la frigidez habitual de su temperamento adquiría algún calórico, su voluntad se mostraba más débil; subyugada por la fascinación del hombre, ofrecía ya todos los síntomas de la transformación periódica á que iba á quedar sujeta: de mujer en esposa, de esposa en esclava, de esclava... en lo que él quisiera, objeto ó cosa indefinida... Y un día, en sus paseos de novios, allá en las sierras de Córdoba, donde hubo de pa-

sar D. Navigio la convalecencia de una grave enfermedad, vieron dos pájaros en una rama que disputaban, luego que reñían, y por último, que el más fuerte derribaba al otro á picotazos, le perseguía iracundo y maltrataba, y dijo el joven en son de broma:

—Es el marido que le casca á la mujer por desobediente, holgazana ó descuidada. Bien hecho.

—Es un marido grosero—rectificó Flora—que pega á su pobre mujer porque no se presta sabe Dios á qué antojos suyos. Mal hecho.

—El marido es el amo—repuso el joven.

—Y el ama la mujer—contestó Flora,—dos voluntades en una, no una voluntad sola.

—Crees, entonces, que el marido...

—Crees, entonces, que la mujer...

Disputaron, se agriaron, y en poco estuvo que acabaran como los dos pájaros. En los ojos de su novio vislumbró Flora el relámpago voluntarioso del varón dominante,

y es fama que á incidente tan baladí, y no á conocidos devaneos del pretendiente, se debió el que ella le plantara en seco... Y vuelta á empezar. No halló otro de su gusto que le reemplazara, y la desilusión aumentó su repugnancia de casorios. ¡Sería libre!

¡Mujer y libre! ¡consorcio imposible de palabras! Los años, que no esperan, seguían pasando; apuntó la primera cana, la fortuna se deshizo, y de pronto despertó Flora de su sueño de orgullo... y se vió delante del espejo manejando el cepillito del tinte, en esta noche de Marplatina en que el último pretendiente, digámoslo más claro, su postrer pretendido y el peor de todos los que le arrastraron el ala, dormía su borrachera pasillo de por medio; despertó Flora y se vió ajada, arruinada y desengañada: como aquellos malos consejeros suyos de antaño, la luz la hablaba al oído, pero diciéndole la verdad: — Estás fea... La peladura de la ceja se agranda... Las patas de gallo aumentan... ¡Es inútil, completamente inútil!

¡Inútil! sí, pero necesario, absolutamente necesario; por ellos, por ellos, los papás, á quienes arrullaba la esperanza en la habitación contigua. Si lo otro, el recurso del trabajo, era imposible, ridículo, vergonzoso... ¡Era preciso buscar un hombre! si no encontraba otro que aquél, ¿qué había de hacer?

—Pero, á ver, Flora, Florita inteligentísima y reposada: ¿de veras le has encontrado, has encontrado ese hombre? ¿el hombre necesario para la salvación de tu familia, el escudo, el pedestal, la muleta de tu femina debilidad, el que ha de encarnar aquel símbolo filosófico de tu tía de Córdoba, es ése que roncando está muy cerca de ti? ¿Es ése al que dispuesta estás á entregar la soberanía de tu voluntad, que supiste defender de Manolo y defender soñabas de todos los varones nacidos? ¿Es ése el tirano, ése el ogro escogido? A ver, Florita, di la verdad, como te la dice el espejo; habla, confiesa, expone tus pensamientos todos en la soledad de tu gabinete, mientras el cepilli-

to amigo disimula tus faltas, según las deben disimular los buenos amigos...

Flora suspiró y quedó cavilosa. Pues no: hasta ahora, hasta el momento presente, no podría decirlo á ciencia cierta, con seguridad absoluta, si era ó no era; disipado el enredo del picarón de Casuso, por los hechos mismos, por la exhibición amorosa de la pareja, cuyo noviazgo andaba ya en gacetas, no había variado la actitud indecisa del otro; ni caía ni dejaba de caer; lo rumiaba, lo rumiaba demasiado; rumiándolo venía un año largo, y desde las últimas noches de la Ópera hasta el paseo al Faro, que debió marcar cambio favorable de actitud y no lo marcó en un solo grado, y desde el paseo al Faro hasta esta hora de análisis inquisidor, ni negro ni blanco podría decirse respecto de cuál fuera la intención que ocultaba. ¡Como nó se le preguntara! y las conveniencias, ¡siempre las conveniencias!, no la permitían más que sonreír delante de él... y esperar sentadita y con santa paciencia á que desanudara su lengua y su reserva.

Que su varia charla y gracejo le cautivaban, nadie lo dudaba, pues á la vista de todos abría la boca escuchándola, y por donde anduviera era seguro que le llevaría de faldero... Aquel día, aquel mismo día, en el Tiro de Pichón, que hubo un *shooting-out* (traduzcan ustedes como quieran), un *shooting*... eso, preparatorio, en que él quedó vencedor sobre Eliseito Miralta, Rómulo y cuantos pasaban por excelentes tiradores... Pues en el Tiro de Pichón se acercó á ella con la escopeta triunfadora, y la habló de muchas cosas veladas, cuyo sentido era fácil interpretar, y por mucho tiempo; la habló con cierta recalcadura misteriosa, brillándole los ojos muertos que la crápula había hundido y sombreado.

¡Ay! ¡que de estas hebras de esperanza hubiera de tejer su porvenir! ¡y que todo su porvenir se encerrara en el querer de aquel hombre corrompido!

Cogió Flora una pantalla de hoja de palma, y suavemente aireó el cabello suelto; era esta operación muy pesada, pues mien-

tras no lo tuviera completamente seco no podía repartirlo en guedejas, que enroscaba luego y aprisionaba dentro de horquillas para rizarlo. En seguida venía el concienzudo lavado de la cara, el baño medicinal de los hombros y del seno; después el untar de las manos en almendrada pasta que suavizara la mucha aspereza que el trabajo doméstico, la escoba y la plancha especialmente, la causaba ¡ay! en la calle de Río Bamba, y, por último, la mascarilla, el tormento mayor de todos.

Tenía por costumbre Flora, en esta obligatoria sesión de tocador, interrumpir cada una de las operaciones del programa con paseos discretos en el gabinete, acompañados de soliloquios que duraban tanto como el intervalo que hacía mediar entre una y otra; y así, cuando cogió la pantalla, se levantó, y echándose aire con ella, comenzó á pasear y hablar de esta manera:

—Supongamos, aunque me parece mucho suponer, porque estôy ya á prueba de desengaños, supongamos que lo del Tiro de Pi-

chón es buen síntoma, y al rendir á mis pies su escopeta triunfadora, me rinde, en el nombre, claro, su voluntad... Supongamos también que el saludito aquél al despedirse para *La Walkyria*, excusándose por no comer en nuestra mesa, es la postdata de la carta del Tiro... El golpe está ya dado, somos novios, nos casamos. ¡Casada estoy! realizado queda el más ferviente deseo de papá y de mamá. Soy una señora apreciable, no una desdeñada solterona; tengo un nombre, que antes no tenía; soy alguien, que antes no era nadie: milagro hecho por el borrachín de enfrente y á quien debo quedar profundamente agradecida por haberse dignado hacerlo. Al mismo tiempo, quedo sometida á *él* y convertida en un objeto de su propiedad particular. Bueno; cuando se les quiere á estos verdugos, que no falta quien les quiera y les bese las manos opresoras, pienso yo y doy de barato que puedan ser muy agradables la esclavitud y la tiranía bajo su dominio; pero ¿si no se les quiere? ¿si no se les puede querer?...

Flora, ¿le quieres tú al borrachín? ¿le puedes querer? le querrás mañana que sea tu amo, como decía Manolo, y bien caro que le costó la palabra... (*Pausa.*) No, no le quiero, no le querré nunca (*agitando más la pantalla*), es demasiado vulgar é inculto. Es un necio. Es un crapuloso. Es un... ¿no tiene el diablo más cualidades que prestarme para adornarle? Y yo digo que si no he de quererle nunca, ¿qué felicidad encontraré á su lado? ninguna, absolutamente ninguna... (*Pausa.*) Tampoco al lado de otro hombre, aunque no fuera ni borrachín como *él*, ni como *él* tan despreciable en todo sentido. Y es que, la verdad, esta verdad que me está vedado confesar en alta voz, yo no puedo ya querer á nadie, cuestión de años, de temperamento ó de gustos, y me encuentro muy bien de solterona; si el papel de esposa lo he de hacer muy malamente, ¿por qué se me fuerza á hacerlo? ¿por qué la familia y la sociedad me lo imponen? ¿sólo para casarse ha nacido la mujer? ¿sólo para el hombre?

Cien veces, en sus monólogos alrededor del manoseado tema y barajando las más sobadas razones, arribaba á esta pregunta cruel, y en ella estrellábase toda su lógica, como si diera con la cabeza contra el muro. ¡Sólo para el hombre! Con él, el respeto, el aprecio, la dicha, la abundancia; sin él, el vacío, el ridículo, la murmuración, la miseria... Las manos, por ser de mujer, no tenía el derecho de ejercitarlas sino en la costura ó en domésticas tareas análogas; la inteligencia, por ser de mujer, reducida á poner de acuerdo la modista con la elegancia y la cocinera con la economía; si falta la audacia que rompe la valla de las preocupaciones, cádate perdida en el rebaño de mansas ovejas. Y menos mal cuando el nombre obscuro, la cuna humilde, autorizan ó consienten ó perdonan ó disimulan desplantes y atrevidas incursiones en el campo intelectual masculino; pero cuando se disfruta de la honra de ser hija del doctor Soto ó de cualquier doctor de la iglesia aristocrática, aunque no haya trigo en el

granero, la sentencia de misia Loreto será ley, y sin apelación. ¡Audacia, energía! ¿quién se las diera á Flora para resolver de una vez el siniestro problema?

Arrojó la pantalla, y seco ya el cabello, comenzó el peliagudo reparto y la dura prisión de las guedejas dentro de las horquillas. Esta operación, más larga que las demás, la distrajo mucho; sus ideas tomaron otro rumbo, el que solían con harto placer por las praderas de la independencia y del trabajo libre, emancipada de toda clase de tutelas, paternal, marital y social, con la virtud por escudo y el favor de Dios.

Y como otras cien y cien mil veces, el viaje imaginario la produjo cansancio y desesperación; miraba y palpaba sus grillos, más apretados que los que servían de tortura á sus cabellos, y al remachar de cada uno decía:

—¡Si no puedo moverme! eso no lo podré hacer nunca, y como me falta el valor, el valor de la heroína, no me queda más que entregarme al verdugo y consentir en el

sacrificio... Píntate, Florita, hermoséate, finge, miente, estudia el papel de esposa y repásalo, que si lo desempeñas bien, se te promete, en primer lugar, la seguridad del pan de la familia, lo primordial; luego... lo demás, todo lo demás que sabes... Sí, señor (*volviéndose como si hablara con alguien*), le haremos á usted diputado; porque aun cuando la influencia de papá anda un poco quebrantada, y tanto que hoy no había recibido todavía la respuesta presidencial á la carta aquella reclamando para sí lo que la injusticia quiere dar á Eneene, alguna le queda todavía, y ha de servirle para conseguir que las puertas del Congreso y de la política se abran para usted, señor borrachín...

Quedó, al fin, prisionera la última guedeja, y antes de lavarse paseó unos minutos, continuando el soliloquio:

—¡Tendría gracia que, viéndose diputado, se echara atrás y me plantara! muchísima gracia. Oiga usted, mi odiado pretendiente, mi desagradable futuro: ¡cuidado



con eso! yo no le querré á usted, y como una medicina que se da á un enfermo, estaré dispuesta á tragarlo cerrando los ojos; pero el plante no me gustaría... ¡Dios mío! sólo la idea... Ya se me oscurece todo de nuevo: desaparece el hombre, el salvador, y me siento perdida, vacilo, me parece que piso en falso, que tropiezo, que caigo...

Tropezó con el lavabo, que la ofrecía el refrescante líquido lechoso, y sumergió la cara en la jofaina, larga y generosa ablución que, si poco contribuía á realizar el milagro de la fuente de Juvencio, alegraba sus pensamientos contaminados de desconfianza.

Pero era esta idea del abandono y de la esterilidad de su porfía tan poderosa en la imaginación de Florita, que en seguida le salía por los ojos en forma de lágrimas; quisiérale al otro, al dormilón indiferente, con toda su alma, con amor profundísimo de mujer normal, de esclava resignada, y no padeciera quizá tan intensamente la tortura que sufría. ¿Era el castigo de su

rebeldía á las leyes naturales y sociales?

—Ya pareció aquello—decía paseando, mientras se enjugaba la cara;—lagrimitas tenemos. Voy á creer que le quiero, que estoy enamoradísima de él... Hasta siento celos de que otra me lo quite, otra más joven y más bonita. Un hombre, aunque sea un mamarracho como mi adorado vecino, es objeto siempre de disputa entre dos ó tres ó más mujeres, de alta ó de baja estofa, bellas ó feas, ricas ó pobres, y eso porque para cada hombre hay diez mujeres, según la proporción estadística... Si no fuese yo como soy y en mis buenos tiempos no hubiera desperdiciado los muchos Manolos que se me brindaban de rodillas, ¿me vería como me veo? ¡oh soberbia, cómo ciegas y cuán terrible es tu influencia!... Pero ¿tengo yo la culpa de ser como soy? ¿tengo yo la culpa de que el camino que noblemente deseo seguir se me cierre y aparezca erizado de mil obstáculos? El matrimonio es la salvación, él el salvador... ¡Ay, borrachín de mi alma, qué caro me cuestas!

Enjugada la cara, faltaba el baño del busto... Ya sé yo que hay quien espera, con libidinosa impaciencia, este número del programa nocturno de Florita, pues aun cuando el tocado de un arenque no parezca cosa de trascendencia entre los peces mayores y menores, no faltan Gabinitos estragados que desearan pagarse el espectáculo. Mas, dirigiéndome al impertinente, cúpleme decirle que mi pluma es bien nacida, y como bien nacida pulquérrima y honesta: ni permite que la manchen suciedades del arroyo, ni consiente que modas malsanas, como todas las modas pasajeras, la hagan violencia para gusto de la plebe; y así, lo que vamos á hacer ahora que Florita entreabre su camisolín de encaje, es retirarnos sin ruido y en obsequio á la decencia, por el mismo Adán, salvaje y todo, respetada en el Paraíso, permaneceremos en el pasillo todo el tiempo que oigamos el chapoteo del agua en la palangana. Poco tiempo será, y muy pronto la señorita de Soto se dignará prevenirnos que pode-

mos pasar... es decir, ella no, ¡á tales horas!... pero, como nuestras intenciones son perfectamente puras, en nada faltamos á la moral deslizándonos de nuevo en el gabinete, ahora que el camisolín ha vuelto á abrocharse y esconde lo que no debíamos ver...

De pie ante el tocador, Florita ajustaba el antifaz de tafetán como un cómico del teatro antiguo que va á salir á escena, adaptándolo de tal modo á la piel que no formara arrugas y fuera como otra cara que usara para dormir, mientras la del día, la que mostraba en sociedad, desaparecía bajo la máscara; así disfrazada, vió que por los agujeros del tafetán los ojos auténticos volcaban dos lágrimas de protesta, la protesta eterna de su rebeldía, y se apresuró á secarlas por temor de que estropearan el artificio; cogió la palmatoria y, volviéndose hacia la puerta de entrada, hizo burlesca reverencia y se despidió:

—Señor borrachín, ¡muy buenas noches!